

Á DON EMILIO CASTELAR

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

Oye : sus ondas desatando el viento,
Allá en los senos de la noche avanza :
Parece que en gigante movimiento
Y arrebatados giros,
Ayes, rompiendo las tinieblas, lanza,
Y que derrama por do quier suspiros.
Mira : las nubes su melena llevan
Flotando en el espacio, y en montones
Se juntan y se elevan :
Parece que, colgando sus girones
En la tumba que al mundo encierra inerte,
Por la extension callada
Tremolan en los aires de la nada
Los negros estandartes de la muerte.

Deten, Emilio, en los nublados ojos
 Y seca el llanto que sin tregua aumentas;
 Oculta de tu alma los despojos
 En este seno amigo:
 Yo sentiré tus penas cuando sientas,
 Yo cuando llores lloraré contigo.
 Pero entre tanto, ven, contempla ahora
 La terrible belleza,
 Las tenebrosas galas.
 Con que adorna su faz naturaleza.
 Tiende la noche las enormes alas,
 Crujen los aires, la tormenta llora
 Sus copiosos torrentes en la altura,
 Brama la mar y su cubierta oprime
 Con rudo y sordo acento;
 Llevada en brazos de los ecos gime
 La débil voz del desmayado viento,
 Y en la elevada cumbre
 Del cielo un fuego ondea,
 Que á través del espacio centellea,
 E irradia oscura, indefinible lumbre;
 Y luégo entre los aires se condensa
 Un fantasma fatal: bajo su planta
 El orbe tiembla, la creacion se humilla...

Es que lúgubre, inmensa,
 La tumba de la vida se levanta,
 Es el espectro del dolor que brilla.
 Allí yace tu amor, amigo mio.
 ¿No es verdad que el dolor tiene su goce?
 Ese loco, insensato desvarío,
 Esa pena cruel, pena sublime,
 Que el mundo indiferente desconoce,
 Ese terrible torcedor que oprime
 Al triste corazon entre los mares
 Do brotan y se agitan los pesares,
 Ese dolor que á la ilusion perdida
 Junto al goce de ayer abre la huesa,
 Que retiene á la vida
 Bajo su brazo yerto
 Con las cadenas de la angustia presa,
 Esa amargura que del pecho hace
 Un sepulcro desierto
 Do solo el alma cual cadáver yace,
 ¿No son tambien, amigo, una ventura,
 Cuyo rico ropaje borda el llanto
 De horrorosa hermosura?
 ¡Dicha fatal, do apaga con espanto
 Su luz la vida, do la muerte empieza;

Placer grande y profundo,
 Más grande en su fantástica belleza
 Que el mentido placer que sueña el mundo!
 Si ese pesar, delirio de la suerte,
 Que va la flor de tu vivir secando,
 Que con sus hojas su sepulcro viste,
 Que la arrastra á la muerte,
 Pedazos hecha tu ilusion dejando,
 El mundo no comprende, tu voz triste,
Era mi madre, gemirá, mi madre;
 Y á este grito doliente,
 El mundo entero inclinará la frente,
 Y aunque poco le cuadre,
 Hará justicia á tu dolor eterno,
 Pues sabe que Jesus fué un hijo tierno
 Que vino al mundo y que adoró á su Madre.
 ¿No te acuerdas, Emilio, de los dias
 De la ventura y la niñez pasados,
 Cuando tu tierno rostro reposabas
 En sus brazos amados;
 Cuando un sueño dulcísimo y sereno
 Y apacible gozabas
 En su adorado y cariñoso seno;
 Cuando, aspirando de su amor la esencia,

En sus ojos veías
 Reflejarse la luz de tu inocencia;
 Cuando tranquilo tu ilusion mecias
 En su puro embeleso,
 Y adornabas tu frente
 Con el suave y regalado ambiente
 Del tibio aroma de su casto beso;
 Cuando ¡oh fugaces, deliciosos dias!
 Tú en su dicha soñabas,
 Y al mirar su sonrisa sonreías,
 Miéntras ella jugando
 Iba con tus cabellos
 Los rayos de su amor entrelazando?
 ¡Emilio! ¡qué placer! ¿te acuerdas de ellos?
 Huyeron... Sin embargo,
 El alma está de su recuerdo llena,
 Y yo con la memoria
 De la pasada historia,
 Más acreiento tu pesar amargo,
 Añado más angustias á tu pena,
 Aumento tu afliccion acerba y triste;
 Porque quizás el llanto que derramas
 Es el único lazo que aún existe
 Entre el dolor presente

Y aquel perdido bien que tanto amas;
 Porque tu voz doliente,
 Que siempre por tu madre al cielo riega,
 Ascende rauda y á tu madre llega,
 Y al escucharla siente
 De abrazarte en el cielo la esperanza;
 Y aspira con placer la religiosa
 Plegaria débil que tu labio lanza;
 Y el beso que murmura
 Sobre la yerta losa,
 Recoge con afan su sepultura.
 Si es verdad que los tiernos corazones
 Por el amor unidos
 Enlazan en el mundo sus latidos
 Con cadenas de bellas ilusiones;
 Si alguna vez tambien la paz serena
 Vela su dicha con modesta nube,
 ¿Por qué— tú me dirás,— esta cadena
 Que atada está á mi pecho, al cielo sube,
 Y mi contraria suerte
 Entre su puro azul la ve perdida?
 Porque, Emilio, es la muerte
 La postrera ilusion de nuestra vida.
 Ese suspiro que del pecho inquieto

Exhalas por tu daño,
 Es el sordo crujido
 Que desgrana estridente el esqueleto
 De un corazon herido
 Por la mano fatal del desengaño.
 Ve : de tu seno se derrama y crece
 Y se remonta en la extension serena.
 Mira : en los aires su clamor se mece,
 Y rueda por la altura;
 Brama su voz y el universo llena;
 Porque el mundo es no más la sepultura
 Donde yacen los restos de los males,
 Y que tiñen de pálido topacio
 Cual cirios funerales
 Los gigantes flameros del espacio;
 Y ese sol que entre pliegues va cayendo
 Del alto cielo por la inmensa frente,
 Sus rayos recogiendo
 En el oscuro lecho de Occidente,
 Es el postrer quejido de agonía,
 Que entre los mantos de la sombra opaca
 Lanza la luz al espirar el día;
 Y el cóncavo cenit que se derrumba
 Por la redonda zona,

Es tan sólo la lúgubre corona
 Que gravita en la piedra de esta tumba;
 Y ese monton de luminarias bellas
 Que, enredadas en cifras misteriosas
 Derraman las estrellas,
 Son las letras del lívido epitafio
 Que Dios trazó con el pincel del viento
 Sobre la losa azul del firmamento.
 Ven, ángel de la muerte,
 Bate tus alas cual sudario blancas,
 Ven á acabar tu obra :
 El hijo fiel á quien su madre arrancas,
 Que sólo goza con la horrible suerte,
 Ansia morir, y hasta el dolor le sobra.
 Emilio, adios : te dejo ;
 Pero al dejarte en tu aficcion terrible,
 Voy á darte un consejo, si es posible
 Que salga de mis labios un consejo.
 Aleja de tu mente esos alardes :
 A que te entrega insano el desvarío :
 La desesperacion, amigo mio,
 Es el solo valor de los cobardes.
 Cuando en la sorda, solitaria noche,
 Estés en tu aposento,

Puesta la vista en el tizon que humea
 Ardiendo en la dorada chimenea,
 Y recojas el pecho al sentimiento;
 Cuando la luz dudosa que vacila,
 Dando sombra á los mármoles, devore
 La lágrima que lllore
 Tu cansada ardentísima pupila;
 Cuando en tu madre pienses, y suspires;
 Cuando con mudo espanto
 Su bella imágen reflejarse mires
 En los turbios cristales de tu llanto;
 Cuando te entregues á la incierta calma
 De tu sueño doliente,
 Y sientas ¡ay! acariciar tu frente
 Los fragantes efluvios de su alma,
 Nunca su voz tu oido desatienda,
 Que te dice al brindarte su consuelo,
 Mostrándote la gloria : *ésa es tu senda,*
 Y *ésta es mi gloria*, al señalarte el cielo.

EL CIELO.

Dijo Dios : «La gloria santa,
Que en mi derredor se agita,
Quiere una alfombra infinita
Donde reposar su planta.»

Y dijo el mundo : «Ambiciono
Que, colgado en el espacio,
Tenga un techo mi palacio,
Y tenga un dosel mi tronq.»

Los ángeles esto oyeron,
Y, al pié de su excelso coro,
Con sus cabellos de oro
Inmensa gasa tejieron;

Y, llenándola de rojos
 Y de blancos resplandores,
 Pusieron en sus colores
 Todo el azul de sus ojos;

Y luego con ricas galas
 Allí las nubes bordaron,
 Y en las nubes detramaron
 Todo el nácar de sus alas;

Y en la bóveda azulada
 Pusieron sus leves huellas,
 Y en la luz de las estrellas
 Los rayos de su mirada;

La gasa flotó al azar,
 Y el sol y la luna fueron
 Los florones que prendieron
 Su ondulacion al flotar;

Y, en fin, con el ancho velo,
 Que en la extension se perdía,
 Los ángeles aquel día
 Dejaron formado el cielo,

Y lo extendieron en pos
 Por los ámbitos profundos,
 Para dosel de los mundos
 Y para alfombra de Dios.

¡Á SIRIA!

CANTO DEL GRIEGO.

Mirad. El sol que se eleva
De los mares del Oriente
Lleva impresas en la frente
Manchas de sangre. Mirad.
Y entre los pliegues del viento
Rueda el eco comprimido
De un gigantesco gemido
Que murmura : «¡ Libertad!»

¡ Al Oriente! Ya mi espada
Quiero blandir, ya sacudo
El polvo del viejo escudo :
Venid, naciones, en pos ;
Que allí se derrumba un pueblo,

Cuya oscilante cabeza
 Con inmutable fijeza
 Señala el dedo de Dios.

Pueblo, que dormido canta,
 Atado á sus tradiciones
 Con dorados eslabones
 De molicie y de placer;
 Torvo cadáver, que arrastra
 Por los mundos del olvido
 Un sudario, guarnecido
 Con los recuerdos de ayer.

Él posó sobre el sepulcro
 De Cristo su planta osada,
 Rompiendo la noble espada
 De nuestros padres al pié;
 Él fabricó mis cadenas,
 Él atravesó los mares,
 Para violar mis hogares,
 Mi libertad y mi fé.

Mas él mirará temblando
 Que al nacer el nuevo día,

La cruz en Santa Sofía
 Mis hijos elevarán;
 Y buscará en el desierto
 Con los ojos espantados
 Los restos desparramados
 De las hojas del Koran.

Ayer á ese pueblo altivo
 Retó mi ardiente impaciencia,
 Y un giron de independencia
 De sus manos arrancó:
 Y hoy contemplo que sepulta
 A mis hermanos sangrientos,
 Bajo los rotos fragmentos
 Del pacto que ayer firmó.

¡Oh mengua! Caballo, avanza,
 A vengar nuestro quebranto;
 El polvo del Asia es santo,
 Y quiero aspirarlo ya.
 Cruja el aire en la bandera:
 Avanza, caballo, avanza;
 Que hasta el hierro de mi lanza
 Ardiendo en rubor está.

Quiero besar las montañas
 Que mis abuelos pisaron;
 Los templos que ellos alzaron
 De hinojos saludaré;
 Y entre sus pardas ruinas
 Resonará mi plegaria,
 Y á su sombra solitaria
 De mi afán descansaré.

Sangriento el Líbano arde
 Al fuego del torpe crimen,
 Las ásperas selvas gimen
 Al eco de la impiedad:
 Para lavar esa sangre,
 Para apagar ese infierno,
 Es necesario un eterno
 Diluvio de libertad.

Hoy, al fin, de la justicia
 Resuena la voz tremenda:
 ¡Ay del pueblo que no atiende
 La señal de la expiación!
 ¡A la Siria! Ven, Europa;
 Que esas razas han dejado

Escritos en tu pasado
 Muchos siglos de baldón.

Y aún infesta nuestros lindes
 Su enorme cadáver yerto:
 Arrastrémosle al desierto,
 Y desde el desierto al mar:
 No más tregua; que si el hombre
 Ha de cumplir su destino,
 Debe en su largo camino,
 Lidiar y siempre lidiar.

Alzad, naciones: la hora
 Que tanto esperó mi anhelo,
 Ha sonado ya en el cielo:
 Dios me llama, Dios me ve.
 Mañana estaré en el Asia,
 Y, con la voz poderosa
 De nuestro siglo, á la losa
 De su tumba llamaré:

«¿Soñasteis, razas de Oriente,
 Encadenar la conciencia?
 Libertad á mi creencia,

Y á la vuestra libertad;
 Luchemos, y que mañana
 Derrame sus resplandores
 Sobre un desierto de errores
 La estatua de la verdad.»

Y, si caigo, habré acatado
 La voz de la patria mia.
 ¿Perecerán algun dia
 Mi justicia y mi virtud?
 ¿Acaso no habrá un poeta
 Que cante al mundo mi historia?
 ¡Qué importa! El sol de la gloria
 Coronará mi ataud.

LOS DOS ROMEROS.

TRADUCCION DEL CATALAN.

Camino de la Fuensanta
 Los dos desposados van
 A hacer decir una misa
 En aquel sagrado altar.
 Suben y suben con pena;
 Mas suben sin descansar;
 Que ya la aurora, de plata
 Bordando el Oriente está.
 Vestidos van de romeros,
 Que fué promesa formal,
 Si la Virgen con un hijo
 Premiaba el paterno afán.
 Embarazada va ella,
 Y de muchos meses ya;

Mas no sabe á punto fijo
 Cuándo ni qué parirá.
 Y quiere ver á la Vírgen,
 Quiere á sus plantas rezar,
 Quiere aprender en sus ojos
 La suerte y felicidad
 De aquello que en sus entrañas
 Está oyendo palpar.
 Y suben, suben con pena;
 Mas suben sin descansar:
 La romera va descalza,
 Descalzo el romero va.
 Llevan rosarios benditos
 Con las cuentas de coral
 Al cuello, y en cada mano
 Un encendido cirial:
 La romera va delante,
 Y el romero va detras,
 El alma puesta en el cielo,
 La fe grabada en la faz.
 Y suben, suben con pena;
 Mas suben sin descansar.
 Vuelven por fin una cuesta
 Que sobre la vega da,

Y ven que, allí, rodeada
 De tremula claridad,
 En carne y forma mortales
 La hermosa Vírgen está.
 «Santa Vírgen, santa Vírgen,
 Rica fuente de bondad,
 Decid: ¿será niña ó niño
 Lo que de mí nacerá?
 Y si es niño, ¿será cura,
 Mercader ó capitán?
 ¿Será noble, será obispo,
 Será duque ó cardenal?
 —No será, dijo la Vírgen,
 Ni cura, ni capitán,
 Ni noble, ni mercader,
 Ni duque, ni cardenal;
 Será un ángel de los cielos,
 Que á mi lado cantará.»

Y es fama que la romera
 Parió un niño celestial,
 Que al nacer cerró los ojos,
 Partiendo á la eternidad.